

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO LXI

Año XVII - Enero a Marzo de 1954 - Nos. 181 a 183

MONTEVIDEO — URUGUAY

1 9 5 4

PAGINAS

I

EMILIO FRUGONI Y «EL LIBRO DE LOS ELOGIOS»

«En toda existencia humana, por oscura y vulgar que sea, remi-
de un llamamiento a la atención solidaria», escribe bondadosamente
el autor de este flamante y grueso «Libro de los Elogios». Nótese
que lo dice en forma sentenciosa insuperable. Y nos cuenta cómo
tal libro fué hecho con trozos de su vida intelectual, sentimental y
civil. La idea de que esta recopilación de conferencias, artículos y
prefacios pueda tener actualidad, e interesar, la forja el doctor Emi-
lio Frugoni «como ilusión que ayuda a no morir antes de tiempo».

Así nos lo dice él. Y adviértase que con verdadera gracia. ¿Ha
de verse en esta posición sencilla, tan confiada, tan alegre, y a la
vez tan higiénica, la causa de esa lozanía que ostenta en lo físico
—maguer los años— el doctor Emilio Frugoni?... Porque la loza-
nía mental ya es otra cosa. Respecto a ésta sabemos bien que los
años, en hombres de su tipo intelectual, no hacen otra cosa que au-
mentarla. Los 80 años pasados del doctor Carlos Vaz Ferreira están
hoy aquí para ejemplo, como estuvieron, hasta hace poco* los 90 del
doctor Eduardo Acevedo. Se diría que el destino respeta la vida de
estas altas mentalidades para que sean, dentro de la nación, por *tá*
fuerte intelectualidad y su indomeñable carácter principista —\ • I
Ferreira en la cátedra, Frugoni en la tribuna, Ramírez en el perio-
dismo— esa «conciencia de la humanidad» que tan bien señalabí
Emerson a la consideración de sus contemporáneos. A tales hombre-
recurrimos siempre cuando se necesita consejo o una tropelía pone
en peligro, fuera o dentro de fronteras, lo más grande que pueóV
dársele al hombre en la vida: el bien inmenso de la libertad. Tale*
son los arquetipos que nos iluminan, como faros, cuando hacemo*
el avance penoso de todos los días, en medio de esta tiniebla que e*
el mundo, oscurecido —allá y aquí— por la pugna de los inteie*-
de toda índole, ese torpe egoísmo que separa individuos y nacione*
de continuo, para nuestro cotidiano tormento; que no hay más que
abrir la página del diario que nos llega todas las mañanas, o todj»
las tardes, para apreciar la tragedia absurda que es el vivir, tratán-
dose de un mundo maravilloso, que puede transformarse en un pa-
raíso todavía, con la cultura, y a pesar de eso que se dice ahora pro-
greso: debatirse con inquietudes absurdas y ambiciones sin límite».

Este es el gran mérito de «El Libro de los Elogios» de Emilio Frugoni: que nos reconforta, que nos anima. Que nos aparta de lo inquietante y mezquino, para llevarnos a contemplar amplios panoramas: espectáculos literarios, artísticos, o los más bellos de todos, morales, dejándonos la sensación, dentro de «El Libro de los Elogios», de que un mundo que dio, para el bien, el genio de Dante y de Víctor Hugo, o ya sin remontarnos tanto, la comprensión de una Concepción Arenal o un Juan B. Justo, tiene que ofrecer un día una humanidad armoniosa, en que todo sea equilibrio, solidaridad y amor.

Tratándose de Frugoni, nos pondríamos a hablar y llenaríamos columnas y columnas, ya que la suya es una fecunda vida que hemos seguido desde que alboreaba el siglo; desde que, muy joven, y ya tribuno del pueblo, Frugoni era encarcelado con Ángel Falco y otros soñadores más, como libertario; fuimos testigos de sus éxitos de poeta, de sus aciertos de comentarista teatral, de su entrada oportuna al Parlamento, etc.

¡Bella y fecundísima vida, a fe!

Cuando la representación del Partido Nacional volvió a las Cámaras, luego de la abstención mantenida a raíz de la segunda presidencia de Batlle, uno de los integrantes, el doctor Juan Andrés Ramírez, pudo decir sin lisonja que sólo la actuación del doctor Emilio Frugoni había valido por la de la más amplia representación de un partido opositor. Y eso que en los escaños próximos se sentaban Catones tan caracterizados como el doctor Pedro Díaz y el doctor Luis Melián Lafinur. Pero Frugoni aparecía múltiple, infatigable.

Fino, finísimo poeta, que ha cultivado desde el madrigal a la elegía con el mismo arte, pasando por los cien paisajes de la ciudad de sus «Motivos Montevideanos», se nos antoja, antes que nada, y a pesar de que no olvidamos lo que pudo llegar a ser como crítico («Urgonif») —se nos antoja antes que nada, queríamos decir— tribuno, un gran tribuno, con casi tanta fuerza como Jean Jaurés y desde luego que con toda la doctrina, aunque más flexible, con más gracia que su eminente correligionario argentino doctor Nicolás Repetto, recio varón, luchador ejemplar, con tanta justicia ensalzado dentro de este libro que comentamos.

Se viene aludiendo la gracia de Frugoni. Nótese: gracia, algo que difiere harto de la chistosidad. «Sal», que dicen los españoles. Basta ponerse frente a Frugoni, en pie de intimidad, para apreciarla. Pero, quien ante las dificultades para enfrentar al hombre íntimo, quisiera gustarla, no tiene más que leer, en «El Libro de los Elogios», la deliciosa disertación «Tres momentos del Teatro Nacional», ofrecida para comienzo de un espectáculo remarcable en el Teatro Solís, corriendo el año 1930. Sólo cuando se ha madurado bien en

años, es posible lograr este humor, que no es humorismo, sino buen humor. Viene por la serenidad.

Las doce páginas que constituyen el primer capítulo de «El Libro de los Elogios» —conferencia sobre «Víctor Hugo ciudadano», dada en 1935 en el Ateneo— es lo más medular y brillante de esta espléndida recopilación, que desborda páginas medulares y brillantes, bien que tenga otras más breves donde el poeta, publicista y gran tribuno rinde culto a la frase bella, haciendo el retrato casi amoroso: Carlos Zum Felde, Carlos María Prando, Pablo Blanco, de los que pone de relieve firmes valores que otros no advirtieron. Y se cumple así aquello que tan genéricamente nos señalara Cicerón en su tratado «De la Amistad»: que los amigos hállese presentes siempre: apuestos, influyentes y cordiales, hasta ricos, y gozando de la vida por más muertos que estén. Y es así cómo al conjuro de la lectura de este «Libro de los Elogios» se nos ha aparecido aquella insigne amiga que fué María Eugenia Vaz Ferreira. La acabamos de ver, a través de la dulce evocación del doctor Emilio Frugoni, inspirada, bella y radiante. Más excelsa que nunca.

II

«PAGINAS DE UNA VIDA» DEL DR. JOSÉ F. ARIAS

He aquí que la mañana hace que aparezcáis deprimidos. La tormenta estival no descarga y el aire cálido y bochornoso nos tiene a todos molestos. Por el ancho ventanal de nuestro escritorio, alto, se ve una inmensa lámina acerada. Todo una nube, eso es hoy el cielo. El diario nos ha sumido en perplejidades: matanzas en Indochina; la paz, que peligró en Corea; los «mau-mau» despedazan ingleses en África; ha caído en el mar un avión a chorro, en el que varias de las vidas rotas pertenecían a niños que estudiaban...

Por entre las ramas de los árboles, puestos para darle gala al amplio fondo enlosado, suben de pronto unos gritos. Y en seguida el llanto: uno de nuestros nietos le ha pegado a otro en la sien con una escopeta:

—Pero, señor, ¿cómo, dónde podremos asir hoy una sensación, una idea que nos reconcilie con la vida?...

Aquí en el libro que en este momento levantamos de la mesa. Oid: «...esta tierra cuya unidad en elevación de espíritu y amor¹ no podemos por menos de proclamar los profesionales de América».

—¿Profesional?... Pero ese tono más que de un profesional, parece... de un profeta.

Y es de un profeta y santo. Santo y mártir: el doctor José F. Arias. El libro lleva por título «Hacia un mundo mejor». Y el título es «Páginas de una vida» ¿Relato?... ¿Doctrina social o médica?... ¿Biografía?... Tiene de todo.

Hemos empleado muchas horas en la lectura, leyéndolo honradamente, línea por línea, desde la nota preliminar al colofón. Y en la página 4, lo desgarrante, la dedicatoria al hijo, al único hijo: que era destino de este padre educador tener un sólo vástago aquí donde los premios de Gallinal se dan a parejas que criaron 18. Y destino sombrío, porque un día, tras una enfermedad traicionera, el niño vivaz que llamó la atención con su inteligencia en el «Liceo Carnot» de París, se quedará sin ella.

Este es el drama, el hondo, el desgarrante drama del doctor José F. Arias. Pero atención, que nosotros hemos proclamado y seguiremos proclamando la vida sabia. Todos nuestros adelantos, todas nuestras generosidades, todas nuestras sublimaciones, son hijas del dolor y la necesidad.

—¡Yo no he tenido suerte para el dinero! —nos decía una mañana un notable escultor, padre de varias hijas gentiles.

—Y esa ha sido nuestra suerte —le replicamos— Qué con posición económica, junto a la social, usted, se lo habría pasado con su familia en las grandes fiestas. Y entonces, ¿quién nos hacía las estatuas? . . .

Acaso —y conste que se trata de una simple creencia nuestra—, si al doctor Arias no se le frustra la posibilidad de hacer un hombre de provecho de su hijo, no le hubiera venido esa pasión apostólica irrefrenable, por la educación de todos los hijos del pueblo, pasión que dio motivo ya a dos grandes culminaciones pedagógico-sociales: la implantación del Liceo Nocturno en Montevideo y, sobre todo, la proliferación de los centros de enseñanza industrial, vasta organización, que hoy constituye la Universidad del Trabajo. Una obra cumbre, suficiente para justificar la vida de un hombre, de un gran hombre.

¡Lo qué tuvo que luchar este médico y profesor, con pasta de estadista, para sacar a flote su vasto proyecto patriótico! Añosi y años de afanes, de estudios, de retemplar el ánimo ante tropiezos y fracasos, de perseverancia. Es increíble que en un cuerpo tan pequeño pueda haber una voluntad tan grande.

Otro drama: el del cuerpo pequeño. Aquí donde un hombre alto, con soltura y mucha prestancia, con la cooperación de un buen sastre y un hábil peluquero, puede ser admitido en círculos sociales y políticos tal un procer, el hombre menudito, mal trajeado, que otorga a todos una sonrisa dulce y humilde, caerá rendido, día tras día, de tanto prodigarse en nobles, en patrióticos esfuerzos, y en tanto que viva, ha de quedar poco menos que perdido entre el montón. Si crea algo importante, de algo inconcreto que un día se le diera, muy pronto se lo quitarán. El interés político, que, como sabéis, ahora lo domina todo. Acaso lo ha dominado siempre.

¡Qué lección la del ejemplar ciudadano optimista que os ofre-

ce este libro «Páginas de una vida»! A los 15 años, de la vivienda humilde, allá por las proximidades del puerto, ge llevan a la madre. Es el viaje sin retorno. En ese tiempo, Arias, que cursaba tercer año de secundaria, ya ayudaba a la casa, trabajando con procuradores y en escribanías. Algo mayor, daba clases elementales a los obreros. Pero, ya con 18, el padre lo embarca para Buenos Aires, pues ha estallado la revolución. Y lo sorprendente: llegando aquel joven a la capital argentina ve un tranvía que difiere de aquellos tirados por caballos a los que ascendía en Montevideo. Merced al trolley, basta una manija para que el vehículo se ponga en movimiento.

No necesita más para tener la revelación aquel muchacho.

—El mundo cambia —se dijo—. Viene la era de la técnica. La electricidad va transformando todo. Y se da con ahinco al estudio de las ciencias.

Consigue que lo admitan para dar lecciones en una academia. Pero no todo fué para el joven Arias color de rosa. Conoció a Florencio Sánchez y otros jóvenes intelectuales rebeldes. Vio caer obreros ante una descarga de fusiles en un 1° de mayo. Eran tiempos duros para el trabajador, sin leyes sociales que lo tutelaran. Nos cuenta en su libro el doctor Arias de la noche aquella en que fatigado, y con hambre, cayó exhausto en el banco de una plaza. Cuando más reparador era el sueño, un vigilante lo despertó y lo echó de allí. Más adelante nos dirá este hombre sin el menor asomo de acritud:

—Buenos Aires fué para mí un crisol. Escuela de la Vida. Desarrolló mi voluntad, me dio la esperanza, me hizo comprender que con la juventud y la salud ya disponía de riquezas.

Vuelto al país empezó esa vida de superación y lucha de la que todavía no ha salido. Se hizo médico, sin abandonad la enseñanza de la Cosmografía y otras actividades docentes que le iban dando para vivir. Amplió conocimientos profesionales en Europa. Pero la pasión era la docencia. El quería formar conciencias. Por algo daba antes clases a los trabajadores con igual o más entusiasmo que las dio luego a los muchachos de Secundaria. Alentaba a los alumnos, porque según su principio, «un maestro derrotista no es un maestro, es un enterrador». Publicó libros de estudios, hizo mapas...

Pocos hombres, en esta tierra, habrán tenido más y más diversas actividades. Y tal vez ninguno tal cúmulo de proyectos e informes con tanta trascendencia. Fué Diputado, Director de Enseñanza, Ministro... Cada día que actuó, y donde quiera que actuó, dejó una iniciativa... Siempre el esfuerzo del doctor Arias se encaminó a lo mismo: a combatir las causas de los males humanos: la ignorancia, la insuficiencia del razonamiento, la enfermedad, el egoísmo... Como predicador de la tolerancia merecería beatificación.

Sú claridad mental le hizo influir en cien cuestiones, desde la

cente» en la metodología del español en el Uruguay, nos referimos al profesor don José Pereira Rodríguez, han tenido ahora otra culminación digna, al iniciar su obra editorial las «Contribuciones Americanas de Cultura» con un alarde de arte tipográfico: el lujoso libro que, bajo el nombre de José Enrique Rodó, ostenta el título de «Parábolas y cuentos simbólicos».

Porque el profesor Pereira Rodríguez, que venía ofreciendo notables trabajos de exégesis, en el folleto y la prensa, con una gran autoridad colecciona en «Parábolas y cuentos simbólicos» 28 de los más notable «capolavoros» del autor de «Ariel», al que presenta con amplio estudio preliminar, dentro de ese tono exegético —no queremos decir erudito— que tan bien domina. No ya el enjundioso prólogo, sino todo el libro está lleno de notas.

«Parábolas y cuentos simbólicos», es más que una selección: es un aporte magnífico para la apreciación de la cada vez más admirada obra de quien nos dio ese prodigio de armonía que son los «Motivos de Proteo». La mayor parte de las parábolas fueron extraídas de este libro magistral, en que la sabiduría y el don de la concepción verbal coinciden de tal modo, que no se sabe si es la forma lo que realza el fondo o es la trascendencia temática lo que permite que la palabra alcance tan amplio vuelo poético.

Si la introducción puesta por el profesor Pereira Rodríguez no bastaba para emplazarnos bien, ¡al tiempo de releer —ahora con más atención que nunca— las parábolas que en buena parte han de resultar inmortales, de Rodó, se nos ofrecen, a continuación, del prólogo, aquellas páginas «Decir las cosas bien» y «La gesta de la forma» que son como un resumen de la estética rodoniana: de quien creía que brindar una hermosa página literaria, era obra de caridad y amor. Para Rodó; «el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu», era ya un «beso en la frente». ¡Y a fe que prodigó caridades y caricias el taumaturgo de «La respuesta de Luconoe», la pequeña obra maestra donde el idioma español alcanza una fastuosidad y una elegancia que no tiene igual en obra alguna, a no ser en el Quijote y algún trozo analéptico de Lope de Vega!

Pero los valores de Rodó están más que revelados. Lo que importa decir en este comentario es nuestra admiración ante el trabajo del profesor Pereira Rodríguez, ofreciendo centenares de notas, ya para fijar, con ejemplificación sinonímica, la acepción en que Rodó toma ésta o aquella hermosa palabra. A veces un neologismo traído en buena hora por Rubén Darío: el caso de aquel «lilial», que fué tan usado a principios del siglo por los escritores modernistas.

Notable gramático, y buen conocedor de la estilística, el profesor Pereira Rodríguez da explicaciones al margen de los textos de Rodó, que los que se dedican a la enseñanza de la literatura caste-

llana, y en general los aficionados a las letras, tendrán que agradecerle mucho. Con la paciencia de un benedictino, el compilador y exégeta — que se nos documenta con la reproducción de algunas páginas manuscritas — ofrece la prueba acabada de la lucha que tenía Rodó frente a sus creaciones, en su afán de dejar la palabra (principalmente verbo o adjetivo), que más convenía a su oración impecable, buscando al mismo tiempo que la precisión, la eurytmia, la máxima belleza.

A nadie que haya seguido la labor de Pereira Rodríguez, en el aula o en el periódico y el libro, en la Inspección de Enseñanza Secundaria o en la conferencia pública, puede extrañarle esta alta nota que ahora nos ofrece, y que ha servido para que se inicie brillantemente una editorial uruguaya y se revele (para nosotros es revelación), un ilustrador muy vigoroso, el dibujante Martínez Koch, al que conocíamos en otros aspectos. He aquí un libro elegante y digno, incomparable para dar tono a una biblioteca; y ya queda dicho, que indicadísimo para acreditarnos fuera del país, lo mismo en Río de Janeiro que en París, en Quito que en (Madrid, en Lima que en Nueva York.

IV

PRESENCIA DE LUISA LUISI

Fué por la segunda década del siglo cuando un suceso vino a interrumpir la vida característica, en la redacción de nuestro diario. Este diario era «La Razón». Se había incorporado una mujer al plantel de los cronistas. Y la época no era de feminismo todavía. Precisamente, en procura de su advenimiento, se había fundado una Asociación, presidida por una titulada: la mujer que había «roto el fuego», logrando título universitario: Paulina Luisi, doctora en Medicina. Algún día la hemos de evocar.

El artículo de hoy es para su hermana Luisa Luisi, cuyo diploma era apenas de maestra. Hace hoy 14 años que murió. Luisa Luisi fué la mujer que, con su presencia —solamente con su presencia— alteró nuestros hábitos (el ambiente todo de la redacción). A partir del día en que la tuvimos de compañera, nadie gritó, ni dijo palabrotas, ni se quitó el saco para escribir (por más calor que hiciera), ni tiró en medio de la sala un cigarrillo a medio arder, ni dio bromas chabacanas. Todos queríamos surgir dignos, deferentes y caballeros ante aquella joven alta y bien formada, de rostro inteligente, cuyos ojos, pequeños y penetrantes, con un rasgado singular, sonreían transparentando una gran confianza. Confianza en sí. Y confianza en los otros. En nosotros. ¿Y cómo defraudarla?...

«La Razón» había tenido colaboradoras. Mujeres muy distinguidas, que escribían en su casa y mandaban los escritos. Pero sin de-

jarse ver en nuestro edificio: Marta Costa de Carril, Teresa Santos de Boch, Laura Carreras de Bastos... Era otro asunto. Lo de Luisa Luisi, constituía una audacia para los misonicistas, tan abundantes en aquellos tiempos.

De entonces arranca nuestra amistad con aquel fino espíritu, que tuvo a su cargo todo lo referente a la información — y el comentario— escolar, sin perjuicio de someterle al director cuantos sueltos se le ocurriera escribir sobre otra materia. Su permanencia en la redacción no resultó larga, pues la carrera magisterial la fué absorbiendo. Y Luisa Luisi prefirió dedicar sus horas libres a lo que fué — y maguer resultar magnífica maestra— su verdadera vocación: la literatura. Con la que adquirió gran nombre, a la par que en su país, en muchos pueblos de América. El hecho de que la «Editorial Cervantes» de Barcelona publicara sus «Poemas de al Inmovilidad», denuncia que el prestigio de la intelectual uruguaya había llegado a España.

No es posible hacer aquí un juicio sobre la escritora. Conformémonos con evocar su figura, tan noble, tan digna, sacando su nombre del olvido (olvido relativo, entiéndase), sin duda momentáneo, en que se la tiene. Bástenos afirmar que Luisa Luisi no sólo fué una de nuestras más exquisitas poetisas, sino que calzó puntos muy altos haciendo crítica literaria. Su volumen «A través de libros y autores», dado por la «Editorial Nuestra América» en 1925, acredita una agudeza de juicio y una ilustración tal, que de tener salud para perseverar en el género —y quería hacerlo—, habría podido seguirle los pasos al mejor de nuestros críticos-exégetas: al esclarecido y erudito Alberto Zum Felde.

El estudio de Luisa Luisi sobre Carlos Reyles, que forma parte de la obra mencionada antes, tendrá que ser consultado por cuantos comentaristas intenten hacer un buen comentario del autor de «El Terruño» y «La Raza de Caín». En la tribuna, como conferencista, Luisa Luisi, con su voz recia y clara, y su limpia dicción, fué notable.

«Inquietud», que publicó en 1921 aquella «Editorial Pegaso», que tuvimos el honor de fundar y dirigir, bastó para consagrar en América a una poetisa de extraordinaria inspiración y hondura: «Ah! la inquietud constante de mi alma — en perpetuo buscarse en ella misma. — Sentirse y no sentirse...».

Es conmovedor ese poema que da nombre al volumen, poema en el que se ve a la autora buscando ansiosa el fondo de su alma, para poder decir, a conciencia, «¡Esta soy yo!». Y el alma huidiza, enigmática, «prisionera divina y dolorosa», dejando a la gran mujer con su angustia, con su torturante ansiedad. Poesía con este mérito no puede olvidarse. Ha de venir la hora de la reivindicación, como ésta que para otra mgnífica poetisa coetánea, María Eugenia Vaz Ferreira, está llegado.

Y no pueden terminarse estos recuerdos sin aludir los últimos; años, de Luisa Luisi, víctima ya de la enfermedad arterial. Primero en el sillón de ruedas. De ahí los «Poemas de la Inmovilidad».

«Yo soy la piedra inmóvil, junto al camino vivo, — el árbol envidioso de la nube andariega: — estoy sentada y muda, al borde de la vida, — mientras la senda sigue su marcha hacia el futuro».

¡Cómo sufrió la pobre amiga! Nosotros íbamos a alentarla hasta aquel piso amplio de la Avenida 18 de Julio, desde cuyos balcones veíamos la Plaza de los Treinta y Tres, con sus altas palmeras románticas (novias del sol, que dijo Martí). Por ese piso desfilaron los más famosos médicos del momento. Los cirujanos, a cuya cabeza iba Mérola, que hablaban de cortarle la pierna; y los clínicos, con Ricaldoni como portaestandarte, que me mostraban conservadores. Triunfaron los últimos. El cuerpo, que con el aquietamiento, parecía más armonioso que nunca —vencida la delgadez inquietante— no sufrió mutilación.

Vinieron más tarde los largos meses de confinamiento en un hotel de Santa Lucía. Su rostro tuvo fresco rosor, pero Luisa Luisi presintió siempre su fin. En un poemita inédito que conservamos, dice esto tan recio, tan desgarrante: «'Muerte liberadora de toda contingencia; —• absoluto que te alzas frente a mi cobardía, — dame a beber de un sorbo la miel de la existencia: — Amor, Gloria, Belleza, en un enorme día».

Cuarteto maravilloso que muestra a un artista del verso de extraordinaria alcurnia, capaz de ponerse —aunque con otro temperamento, claro está— junto a la más fuerte figura femenina del Parnaso uruguayo. ¿Hace falta nombrar a la egregia Delmira Agustini?...

VICENTE A. SALA VERRI.